

Viajes que duran una vida

Con apenas doce años, yo deseaba más que nada viajar: conocer mundo. Pero el tren al que subí (alentado por mis padres, que no se cansaban de repetir que ese tren, el del Seminario, me llevaría al futuro), parecía encontrarse en vía muerta. No avanzaba. Hasta que un buen día descubrí *El Ciervo* en el gran pajar de revistas que teníamos a nuestra disposición. Todas diferentes y todas iguales: el mismo mensaje, idéntico lenguaje. Pero desapareció de la misma forma que vino: en silencio y sin previo aviso. Como los ciervos de verdad. ¿Se equivocó de prado? ¿Se marchó asustado? No lo sé. Pero yo decidí cazarlo. *El Ciervo* fue la primera revista a la que me suscribí y la única a la que siempre he sido fiel. Porque mi decisión fue meditada. Eran años de pobreza. Una suscripción era un lujo. Pero debe ser que algunos “lujos” son de primera necesidad. Y ya dije que yo quería “viajar”. Me monté al *Ciervo* con 16 años y comencé a volar. No crean que son fantasías de adolescente: a mi manera viajaba lejos. Y lo que me resulta más

emocionante es que viajaba en secreto. Porque la revista estaba prohibida por el obispo. *El Ciervo* no podía pacer en los prados (algo yermos) del Seminario. Llegaba hasta mí a través de la bolsa de la ropa limpia que me mandaba semanalmente mi familia. *El Ciervo* olía a ropa limpia. Y yo me vestía con él. Viajaba en él. Descubría nuevos caminos que me invitaban a salir del Seminario sin ser visto. Pero, justo en el momento en el que traspasaba el umbral, allí estaba Lorenzo, como el ángel guardián que me invitaba a viajar con él. A los prados verdes donde *El Ciervo* corría y jugueteaba a placer. Y así aprendí que, más allá de la verdad dogmática, había otras verdades no menos verdaderas pero nada dogmáticas. Y por eso digo que cuando el concilio Vaticano II abrió sus puertas al mundo, yo, corriendo tras *El Ciervo*, ya había estado en él. El Vaticano II sigue estando en mí y yo en él. Gracias, Lorenzo. Hay viajes que duran toda una vida. □

JAUME REIXACH. ESCRITOR Y SACERDOTE

Ha acompañado al padre y al hijo

Cedo mi espacio a un amigo de Lorenzo que no hubiera querido faltar en este número, el más especial de todos los de la historia de *El Ciervo*.

“Lorenzo ha adoptado una actitud. Hay una línea de actitud en su vida que trasciende en su obra. Él mismo ha hablado en varias ocasiones de su función como la del hombre que observa el paisaje del mundo, (...) que contempla el mundo en que vive y que procura decir lo que piensa, ve o imagina. (...) Lo que importa es que sea honesto y limpio desde su posición. Y en este punto nadie tiene nada que reprocharle.”

“Cuando conversa y dialoga de religión, sentimos mejor que en ello va su vida. Habla de algo que le sale muy de dentro. Y así

resulta comprometido y menos observador. (...) En religión, en la Iglesia, cabe esta actitud: la de buscar, no al Jefe sino al Padre, no al doctor sino al amigo o al santo, no al sabio sino al dócil instrumento del Carpintero, no al hombre de fama sino al niño desconocido. Aquí Lorenzo nos acompaña.”

Era el año 60 y así hablaba Alfonso Comín, mi padre, de su amigo Lorenzo Gomis en las páginas de *El Ciervo*, a propósito de su libro *El sermón del laico*. Primero al padre, luego al hijo, Lorenzo nos ha acompañado a muchos durante más de cincuenta años. ¿Sigue haciéndolo? Diría que nos salpica con gotas del agua viva en la que se está bañando. □

TONI COMÍN. SUBDIRECTOR DE ‘EL CIERVO’ ENTRE 2001 Y 2002

El periodista

Más allá del periodismo

Cuando entré en su despacho de director de *El Correu* y le vi ctecleando su columna diaria envuelto de música clásica a todo volumen, me asaltó el interrogante que otras veces se me plantearía: ¿Es Lorenzo Gomis, en el fondo, un periodista?

Cuando en su columna, publicada en primera página, hablaba de alguna escena vivida, de las flores de su jardín de Viladrau o de su familia, en un alarde de artículo costumbrista, se me volvía a plantear una pregunta similar: ¿qué tipo de periodista es Lorenzo?

Cuando de madrugada, esperando que los primeros ejemplares salieran de la rotativa, nuestra conversación se deslizaba hacia reflexiones más trascendentes, me daba la impresión de que nuestras mentes se escapaban del puro afán periodístico.

Cuando una noche le llamé a Estados Unidos, donde pasaba unas semanas de invitación oficial, para comunicarle que en los juzgados de Barcelona la policía había amenazado con tirar por el hueco de la escalera a los periodistas que cubrían la información de un juicio importante, para explicarle las reacciones que se estaban produciendo y la postura a tomar por nuestro periódico,

y me contestó casi con monosílabos y haciendo confianza en lo que decidiéramos, me lo imaginé bastante distante del problema que nos embargaba en aquel delicado momento.

Cuando hablando de la conveniencia de renovar el diario y explicaba que había que hacer un diario bien compaginado, bien

PALLARÉS

